



Psicoterapia, Subjetividad y Postmodernidad. Una aproximación desde Vigotsky hacia una perspectiva histórico-cultural

Fernando Luis González Rey

ISBN: 978-987-538-261-9

Número de páginas: 208

Editorial: Noveduc. 2009.

El libro de Fernando Luis González Rey integra en pocas páginas una mirada crítica a la historia de la psicoterapia, propone un giro hacia la subjetividad desde la mirada de Vygotsky y destaca los modelos que llama postmodernos en psicoterapia como parte de las nuevas tendencias que abren perspectiva de desarrollo y evolución en la disciplina.

Para comprender su tesis central hay que tener claro tres definiciones que serán el centro de atención durante todo el libro:

- Subjetividad, entendida como una producción simbólico-emocional que no se define por ninguno de sus atributos concretos (consciente, inconsciente, lo interno, lo privado). Lo subjetivo no es una copia ni un reflejo de lo real, pero tampoco una expresión universal asociada a invariantes de una naturaleza humana, sino un aspecto inseparable de lo cultural. Se entiende como la trama simbólico-emocional que se configura en las personas y en sus diferentes espacios sociales como resultado de las múltiples experiencias vividas. No es el resultado directo y lineal de experiencias externas, sino el resultado de los múltiples efectos colaterales de lo vivido que se integran en cada espacio de experiencia social.
- Sentido subjetivo, entendido como “una unidad psicológica que se caracteriza por la relación entre lo simbólico y lo emocional, unidad en donde uno evoca al otro de forma recíproca, sin convertirse en su causa” (pag. 87). Clave destacar su distancia acá con la mirada tradicional de Vygotsky, de momento que entiende el sentido subjetivo como una construcción del sujeto y no como una interiorización de aspectos construidos en la cultura y la interrelación.
- Ciencia de la complejidad, entendida como un “giro complejo” que comienza con la mecánica cuántica y se alimenta de la teoría del caos, de los fractales y

otras, dando pie a una ciencia no determinista de los sistemas complejos. Desde esta perspectiva, el conocimiento no es considerado como una representación naturalista del mundo sino como "una construcción capaz de generar inteligibilidad sobre otros sistemas diferentes a nuestro propio lenguaje, y capaz de generar nuevas prácticas que influyen y modifican el mismo problema estudiado, prácticas que no son sólo simbólicas..." (p. 160). Rescata autores como Planck, Bohr, Bohm, Heisenberg, Prigogine y Mitjans.

El autor genera una trama de análisis desde estos aspectos y logra, analizando autores y momentos específicos de la evolución de la psicoterapia, mostrar su tesis relativa a la objetivización y medicalización de la psicoterapia en los diferentes modelos. Con esto abre la puerta para mostrar desde la visión histórico-cultural una propuesta de giro hacia la subjetividad como espacio de desarrollo científico y práctico.

Comienza su recorrido analizando los modelos psicoanalíticos, que destaca como muy alejados en sus inicios de lo subjetivo. El terapeuta gracias a sus conocimientos y experticia podría "extirpar" la fuente de malestar, sin importar la vivencia subjetiva de quien "portaba" estas neurosis. Destaca las excepciones en las ramificaciones del psicoanálisis, como Jung y su postura explícitamente subjetivista (y muy crítica con Freud cuando plantea que las interpretaciones que propone como universales son sólo reflejo de su propia experiencia y por ende aplicables sólo a él) y autores como Adler o Winnicott que se focalizan en la intersubjetividad de la experiencia. Engloba en esta misma mirada al humanismo, quienes nuevamente objetivizan el cambio al entenderlo como un proceso de toma de conciencia que permite el contacto con la causa del sufrimiento actual, ubicada en la historia pasada. Valora como punto de desarrollo de la disciplina desde el humanismo los aportes de Alport relativos a la autonomía funcional de los motivos y la integración del self con el comportamiento actual.

De la terapia sistémica distingue dos momentos, de primer y de segundo orden, identificando el primero con una mirada de experto externa que no incorporaba nuevamente la subjetividad dentro del rol del terapeuta. Los mismos terapeutas sistémicos corrigen lo que consideraban un error epistemológico, y comienzan a trabajar entendiéndose como parte del sistema. Esto lleva a un estilo dialógico y participativo del terapeuta de segundo orden, llevando desde una lógica constructivista en esta etapa a los autores a centrarse en lo subjetivo y la construcción de realidad por parte del sistema. Sin embargo, esta etapa dura poco por cuanto la reacción frente a la consideración de primer orden de la familia, los lleva a centrarse en el polo opuesto, no considerando la familia en términos ontológicos, sino como construcciones transitorias que ocurren en el lenguaje. El autor coincide con la crítica al reduccionismo propio de la terapia sistémica de primer orden, pero considera que los problemas surgen en cómo las personas se representan simbólicamente la organización del sistema-familia. Esto a diferencia de la mirada construccionista, que deriva de esta forma de terapia, que no considera la familia como un sistema complejo, por ende recursivo en relación con muchos otros sistemas que lo constituyen y que a su vez son influidos por él. En

el fondo plantea que la familia como sistema de relaciones es inseparable de los procesos subjetivo de los individuos que la constituyen, que a su vez son inseparables de los procesos histórico-culturales. De esta mirada sistémica, destaca los aportes de Bateson que si bien sostiene una tendencia a la causalidad y la incorporación de pautas que surgen desde el contexto, valora la secuencia vivencial de lo realizado por otro como componente clave en la construcción de la experiencia subjetiva. Si tomamos ello desde la lógica de los sistemas complejos, es fácil entender cómo esta secuencia vivencial es inseparable tanto del contexto en que surge como de los mecanismos subjetivos del individuo.

Es con este último análisis al modelo sistémico y la mirada construccionista que da paso el autor a destacar el impacto del modelo histórico-cultural en la psicoterapia en general.

Plantea que el enfoque histórico-cultural es reflejo de las posiciones dominantes de una psicología muy heterogénea. Lo que compartían todos los modelos era la comprensión de la psique como producción social y cultural, pero desde una mirada crítica se puede ver que tanto lo social como lo cultural fueron reducidos a una idea objetivante de lo externo, sobre lo que se generó una idea de psique operacional. En el fondo se consideró sólo un momento de la obra de Vygotsky, el que menos se distanció de la postura materialista oficial de la época. Aparece en ese contexto socio político la Teoría de la Actividad como la heredera de Vygotsky, teoría que en opinión del autor “cosifica” el carácter materialista de la psique en el concepto de actividad, y se convirtió en la medida oficial de las teorías psicológicas: lo que no calzaba con la mirada de Leontiev era considerado una psicología idealista. La teoría de la actividad funcionó entonces más como dogma que como ciencia.

Son los esfuerzos de otros autores que siguieron sus estudios en la Unión Soviética de manera más independiente a la tradición oficial, los que acercan la mirada histórico-cultural al ámbito de la subjetividad, pero se hizo muy difícil su desarrollo en el ámbito de la psicología clínica. Se menciona en el libro el *V congreso de Psicólogos de la Unión Soviética* como un quiebre en estas limitantes, por cuanto se comienza a rescatar la subjetividad y a releer aspectos de la primera y tercera etapa del pensamiento de Vygotsky, abriéndose al estudio de constructos como Personalidad y la categoría de sentido en su obra. Estos aspectos hablan de un Vygotsky más flexible y abierto a la subjetividad, que si bien sigue la tradición soviética que considera la psique como un reflejo de las condiciones externas, matiza esto con un estudio más profundo del fenómeno dialéctico que surge.

Al no estar del todo desarrollado el concepto de “sentido” y ante la lectura de Leontiev, que habla del “sentido personal” como reflejo automático de las influencias del objeto, González Rey desarrolla el concepto de “sentido subjetivo” antes mencionado. Se entiende el sentido subjetivo no como producto de situaciones sociales, sino como efectos colaterales de las mismas que son posibles sólo desde la subjetividad de una experiencia social vivida. Se entiende

que la subjetividad no se interioriza, sino que se produce, y en esa producción toda experiencia se relaciona de manera recursiva en la producción de nuevas formas de subjetividad.

Al desarrollar este concepto, se genera un constructo de análisis de la experiencia desde quien la vive, lo que permite definir por detrás de comportamientos aparentemente semejantes, sentidos subjetivos diferentes según la configuración de la persona y el contexto en que surge. Al mismo tiempo, en vez de buscar certezas o explicaciones finales, se da pie para generar formas diferentes de producción de conocimientos en psicología. “Desde esta definición la subjetividad no actúa como causa del comportamiento, sino que representa su dimensión de sentido subjetivo, lo que define la acción humana , entre otras cosas, como momento cargado de subjetividad y, por tanto, generador de sentidos subjetivos” (pag. 89).

Desarrolla la idea de configuraciones subjetivas, como patrones de carácter generador, que se organizan como sistemas complejos. Esto implica la aparición de procesos subjetivos que no se explican por los aspectos objetivos de la experiencia vivida. Estas configuraciones a su vez funcionan de manera recursiva con los sentidos subjetivos que desarrolla, por lo que no pueden ser analizadas como causas del comportamiento, sino como una fuente de sentido subjetivo de todo comportamiento. Los sentidos subjetivos no están contenidos en organizaciones o configuraciones subjetivas, sino que emergen en un proceso multifactorial. Así, toda experiencia vivida por alguien no es vivida de forma neutra, sino desde un conjunto de expectativas y estados subjetivos que van a reflejar aspectos de la configuración de cada quien. El autor destaca que el estudio de estos fenómenos está comenzando y que “la mayor o menor hegemonía de las configuraciones subjetivas en los contextos vividos por la persona es algo que debemos estudiar profundamente”.

Al cerrar este capítulo, desarrolla la idea de subjetividad social para remarcar lo inseparable del fenómeno individual con el interpersonal y social en que surge. Curiosamente la historia de la psicología al enfocarse en objetivar lo subjetivo llevándolo a lo cuantitativo, separa los fenómenos sociales e interpersonales del foco del análisis, poniendo en dos extremos diferentes dos aspectos de un mismo fenómeno complejo, como es la subjetividad y cómo ésta interactúa con la subjetividad del otro.

En el tercer capítulo se orienta a los desarrollos específicos que en psicoterapia pueden generarse desde la mirada histórico-cultural con énfasis en la subjetividad, destacando la diferencia a la hora de mirar la psicopatología (habla de “cuando se produce daño” justamente para evitar la reificación a que el término habitualmente lleva) con las miradas tradicionales ubicadas en un extremo “realista” y la mirada construccionista opuesta, que considera tan errada como la anterior en la medida que reduce los trastornos psíquicos a un discurso producido, sin reconocer siquiera los otros ámbitos que participan en la construcción de dicho discurso.

Define el límite en salud y psicopatología en la imposibilidad del sujeto de producir nuevos sentidos subjetivos a una condición que le afecta, que podría estar definida por la hegemonía de las configuraciones subjetivas dominantes. Es así como en el estado psicopatológico, el sujeto pierde o ve muy disminuida su capacidad generadora de sentido subjetivo y la psicoterapia es entonces entendida como un proceso de producción de nuevos sistemas de subjetivación. En esto, se ve una mirada muy cercana a la psicopatología desde la mirada narrativa de Vittorio Guidano, en la medida que, con otras palabras, alude al fenómeno de evaluación de la calidad del procesamiento narrativo a partir de los criterios de flexibilidad, abstracción y generatividad. Más allá, el autor refleja que en su experiencia clínica ha logrado ir construyendo configuraciones subjetivas específicas para distintos cuadros sintomáticos, trabajo muy afín con la obra realizada por Guidano y Liotti en la construcción de las Organizaciones de Significado Personal como herramientas heurísticas.

Dos citas directas del autor reflejan lo símil entre la postura que propone y el modelo de terapia propuesto por Guidano:

“En esta perspectiva, la psicoterapia es esencialmente comprendida como las producciones subjetivas que se desarrollan en un espacio de diálogo, pero, a diferencia del construccionismo social, en ese diálogo el terapeuta, apoyado en hipótesis sobre las configuraciones subjetivas del problema, participa e induce tópicos de conversación que, sin perder el momento dialógico, le permite conversar en torno a áreas que puedan ser significativas por su sentido subjetivo para la persona en terapia” (p. 116).

“El terapeuta facilita la aparición de nuevos sentidos subjetivos, pero no tiene control sobre la forma que estos van a tomar, ni sobre los desdoblamientos que aparecerán en ese proceso, cuyo curso es una fuente permanente de nuevos procesos de subjetivación que pueden favorecer o no el cambio” (p. 117).

Destaca también: el valor de la autenticidad del terapeuta y lo importante de su aparición en el espacio dialógico; los procesos de subjetivación social propia de los espacios donde ocurre la terapia; la patología como una producción subjetiva sobre la experiencia vivida y no como una estructura intrapsíquica individual; y las representaciones sociales y los discursos hegemónicos como elementos que facilitan ciertos sentidos subjetivos. Critica reiteradamente toda reificación aplicada al contexto terapéutico, todo intento por reducir la complejidad de la experiencia a variables intrapsíquicas o al discurso, y la separación entre salud somática y salud mental.

El desarrollo de casos clínicos desde esta mirada, permite anclar los contenidos previamente expuestos en términos epistemológicos, teóricos y científicos, en una mecánica coherente de acción. De esta mecánica me gustaría destacar: la no reducción del conflicto a ningún patrón general, el sentido de caos e incertidumbre propio del mismo, la noción de sentidos subjetivos hegemónicos en la persona, la relación terapéutica como sistema de relaciones interpersonales que activan sentidos subjetivos, el cambio posible sólo en el contexto de la activación emocional que gatille los procesos de producción subjetiva, el valor a los procesos experienciales cotidianos y la imposibilidad de cambio desde las acciones del terapeuta.

Explicita que sólo la posibilidad del paciente para asumirse como sujeto del conflicto le permitirá una producción subjetiva alternativa, y eso sólo ocurriría a través del diálogo. “La acción terapéutica exitosa es aquella que facilita el inicio de un proceso de subjetivación en que emergen nuevos sentidos subjetivos que llevan a nuevas posiciones en la persona que, a su vez, representan nuevos momentos en el desarrollo de los sentidos que las permitieron” (p. 138).

En una escena describe cómo utiliza una conversación de tipo “confrontación” con un paciente, escena en que queda en evidencia a mi parecer la diferencia entre las miradas desde la subjetividad y las miradas causalistas o reificadoras. La confrontación no surge desde un saber absoluto mayor sino desde la observación de que ciertas reacciones afectivas activan ciertos sentidos subjetivos en sus contextos interpersonales habituales, por ende utiliza como estrategia dialógica la confrontación no para que el paciente abrace o acepte esto como una verdad, sino para activar la misma respuesta emocional en un contexto interpersonal (la terapia) en que nuevos sentidos subjetivos podrían emerger.

En la parte final, hace una rápida distinción entre modernidad, postmodernidad y postestructuralismo, para adentrarse desde la lógica de los sistemas complejos en los modelos de psicoterapia que han intentado abordar la disciplina desde la superación de la “naturalización” de la experiencia humana.

Fernando Luis González Rey es un psicólogo formado en la Facultad de Psicología de la Universidad de la Habana (Cuba), Doctor en Psicología del Instituto de Psicología General y Pedagógica de Moscú; tiene un Postdoctorado en Psicología del Instituto de Psicología de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética. Actualmente es profesor titular del Centro Universitario de Brasilia. Es profesor visitante institucional del doctorado de Psicología de la Salud de la Universidad Autónoma de Madrid y de la pos graduación en psicología de la Universidad de San Carlos en Guatemala. Ha escrito quince libros, cinco de ellos se han publicado en portugués y en español.

En su diálogo con el constructivismo se concentra en similitudes y diferencias con el modelo de Guidano, destacando las similitudes entre los conceptos de configuración subjetiva y osp. Sin embargo, en su revisión marca diferencias que no parecieran ser tales o que reflejan una lectura parcial de la psicoterapia propuesta por Guidano. Particularmente González Rey marca como diferencia:

- el foco puesto en el ordenamiento por parte del modelo de Guidano y en los procesos emocionales en el suyo propio. Desde mi opinión, el autor se centra en una descripción parcial de lo que Guidano refiere como significado personal. En la mirada de Vittorio el ordenamiento y el procesamiento se refieren siempre a la experiencia, por ende a procesos emocionales como foco principal.
- el terapeuta como alguien que explicita y elabora los eventos cargados de afecto al sujeto en terapia constructivista, versus la estimulación de nuevas producciones del sujeto sobre diferentes aspectos que emergen en el contexto terapéutico. Desde la mirada constructivista, no es posible elaborar emocionalmente una escena de un paciente, por cuanto el cierre de significado es personal. Lo que hace el terapeuta post-racionalista es establecer un vínculo estratégicamente orientado a permitir que de la reconstrucción de escenas puedan emerger formas más abstractas, generativas y flexibles de elaboración narrativa.

Una diferencia que sí resulta importante desde el modelo que propone el autor, es el énfasis puesto en la creación de espacios sociales de subjetivación, esto a raíz del concepto de subjetivación social que es tan importante en su propuesta. Una crítica que se desprende desde esto al modelo de Vittorio es el foco puesto en la significación individual que si bien se entiende como un proceso inseparable del proceso interpersonal, llega en el modelo sólo hasta la relación de apego y la vinculación cercana durante la vida adulta, sin incorporar variables culturales o sociales más amplias. Al menos no como mecanismos explícitos de trabajo en terapia.

En el cierre del libro desarrolla lo que llama conversaciones con el construccionismo, donde repite la postura crítica ya expuesta, presentando argumentos en relación a lo que llama “paradojas del construccionismo” que distancian irremediablemente la mirada subjetiva de la reificación en el lenguaje. Las principales diferencias que destaca son la comprensión del diálogo como un fenómeno subjetivo complejo y no exclusivamente lingüístico, y el cambio sustentado en la producción de sentido subjetivo y no en en la rearticulación lingüística.

Nos encontramos, en mi opinión, frente a un libro muy útil y diría hasta necesario para la formación del psicoterapeuta, en la medida que permite acercarnos a la importancia de lo subjetivo. Si bien el autor no desarrolla una práctica terapéutica específica sustancialmente diferente a lo propuesto por Vittorio Guidano, desarrolla un gran aporte para generar el cambio de mirada en el terapeuta y un

material docente inmejorable para dar a conocer una lógica de trabajo desde la complejidad. Material que deja motivado a revisar el resto de la obra del autor y así poder profundizar tanto en las propuestas metodológicas de Fernando González Rey, cuyas estrategias de recolección de datos parecieran ser de mucha utilidad tanto para la construcción de hipótesis en psicoterapia, como para los estudios en salud somática y el desarrollo de configuraciones subjetivas detrás de diferentes patologías.

Rodrigo Inostroza Cea
Psicólogo y psicoterapeuta



Editado por
Cipra – Círculo de Psicoterapia Cognitiva Post - Racionalista
Concepción. Chile. Teléfono 56 – 041 – 2466054. Web: <http://www.cipra.cl>